



www.loqueleo.com/ec

Fernando Iwasaki

Muestra
prohibida
© Santillana

Libro *de mal* amor

© 2000, Fernando Iwasaki

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-750-4

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2007

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Febrero 2017

Décima cuarta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Edición: Ana Loli

Estudio y notas: Ricardo González Vigil

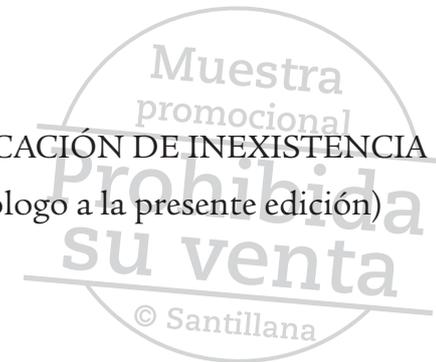
Diseño de cubierta: Juan José Kanashiro

Diagramación: Patricia Soria

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

loqueleto

JUSTIFICACIÓN DE INEXISTENCIA
(o Prólogo a la presente edición)



La gente cree que el amor nació cuando la primera pareja de *homo-sapiens* decidió vivir en la misma cueva. Puede ser. Sin embargo, a mí me parece que el amor nació la primera vez que una *homo-sapiens* le dijo que no a otro *homo-sapiens*. Acaso así aparecieron los regalos, las serenatas, los piropos y hasta las pinturas rupestres. Quizá el primer poema. El *homo-sapiens* no lo *sapiens*, pero está enamorado y no *sapiens* qué hacer. Medio millón de años más tarde la incertidumbre es la misma.

Sin embargo, uno cree en la evolución e intuye que algo hemos avanzado, porque ahora somos capaces de reírnos de nuestras propias calabazas y papelones. Si el amor fuera un drama solo consistiría en un acto que no voy a nombrar, pero como es una comedia le caben todos los actos posibles y varias repeticiones del in-nombrable. Así, a mí me hace ilusión pensar que *Libro de mal amor* dejó de existir en las librerías precisamente por predicar el humor al prójimo.

¿Y el humor es autoayuda o literatura?, se preguntan los profundos y los solemnes. En la égloga octava

de Virgilio hay un verso memorable que es ambas cosas: *Mopso Nysa datur: quid non speremus amantes?* (“Si Nisa va a casarse con Mopso, ¿hay algo que los amantes no podamos esperar?”). Para nosotros solo es literatura, pero para todos los que se quedaron con las ganas de casarse con Nisa, aquel verso de Virgilio fue la mejor autoayuda.

Aunque —¡ojo al manojo!— si Mopso no era guapo, ni rico, ni interesante; seguro que al menos haría reír a Nisa. Por eso esta novela quiere ser una declaración de humor: porque mientras hay risa, hay esperanza.

F. I. C.
Sevilla, primavera de 2006



Muestra
promocional
Prohibida
su venta

LIBRO DE MAL AMOR

*Maravilleme mucho, desde en ello pensé,
de cómo en servir dueñas todo tiempo non cansé:
mucho las guardé siempre, nunca me alabé,
¿quál fue la razón negra porque non recabde?*

JUAN RUIZ, ARCIPRESTE DE HITA



*Si muero sin conocerte, no muero,
porque no he vivido.*

LUIS CERNUDA

*Who knows how long I've loved you,
You know I love you still.
Will I wait a lonely lifetime,
If you want me to I will.*

LENNON & MC CARTNEY

*A veces nos devuelven los sueños el que fuimos.
Más allá del deseo o la nostalgia
recorremos entonces una rara región,
presentida a la vez que muy extraña,
y nos visitan rostros que alguna vez amamos.*

ABELARDO LINARES

*Qué no daría yo por la memoria
De que me hubieras dicho que me querías
Y de no haber dormido hasta la aurora,
Desgarrado y feliz.*

JORGE LUIS BORGES



Como habrá advertido el concienzudo lector, este libro debe su título a aquel donde el venerable arcepreste nos reveló “algunas maneras e maestrías e sotilezas engañosas del loco amor del mundo, que usan algunos para pecar”, aunque sus páginas demuestren que nunca fui alumno aventajado del arcediano de Hita. En realidad, durante varios años creí que el *Libro de buen amor* era una suerte de infalible manual para enamorar, hasta que el miedo y las calabazas me convencieron de lo contrario. Los aforismos de Juan Ruiz no son universales, pero versos como los siguientes han permitido que los clérigos galantes se sumen a esa envidiable especie de Donjuanes, Casanovas y Rubirosas¹.

¹ Famosos amantes de numerosas mujeres: el personaje Don Juan Tenorio, el libertino italiano Giacomo Casanova (1725-1798) y el mujeriego (dedicado a la “dolce vita”) dominicano Porfirio Rubirosa (1904-1966).

*Muger e liebre seguida, mucho corrida, conquista,
pierde el entendimiento, ciega e pierde la vista.*

Con el tiempo descubrí que los tímidos varones no teníamos por qué tomar la iniciativa, ser caballeros de fina estampa² o dirigir la seducción, ya que los seres humanos —hombres y mujeres— nos dividimos en dos grandes grupos: los *conquistadores* y los *conquistables*. Yo fracasé como *conquistador* porque soy *conquistable*, y por eso hice achaque de industria en mi naturaleza, pues como dice Gracián³, el artificio a lo malo socorre y a lo bueno perfecciona.

Sin embargo, mi memoria vive poblada por mujeres inaccesibles —más duras que mármol a mis quejas⁴— a quienes solo me atreví a hablarles en sueños como hacía Teresa de Ávila⁵ con los tronos. Ahora, finalmente he reunido el valor de dirigirme a ellas por escrito, mas no para ajustar cuentas pendientes, sino para que el *conquistable* prevenido tome nota de mis papelones y ríase la gente de cómo anduve yo caliente⁶. Así, en lugar de re-

² Una canción criolla de Chabuca Granda (1920-1983) ensalza al “Caballero de fina estampa”.

³ Baltasar Gracián (1601-1658), importante conceptista del Siglo de Oro español.

⁴ *más dura que mármol a mis quejas*: verso del poeta español Garcilaso (1501-1536), dedicado a la amada fría y desdeñosa.

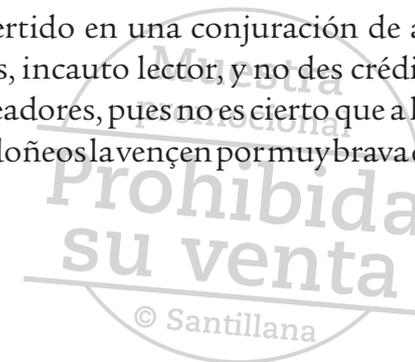
⁵ Teresa de Ávila: la mística carmelita Santa Teresa de Jesús (1515-1582).

⁶ *ríase la gente de cómo anduve yo caliente*: reelaboración del estribillo de una de las letrillas más famosas del poeta español Luis de Góngora (1561-1627): “Ándeme yo caliente / y ríase la gente”. En Góngora “caliente” alude a estar cómodo, protegido del hambre y el frío, frente a lo cual no le importa la opinión ajena. Iwasaki le da el sentido de estar enamorado, excitado sexualmente.

ducir este *Libro de mal amor* a un exorcismo de mis demonios, lo he convertido en una conjuración de ángeles⁷.

Abre los ojos, incauto lector, y no des crédito a versos de curas doñadores, pues no es cierto que a la mujer, guapa o fea, “los doñeos la vençen por muy brava que sea”.

F. I. C.



⁷ Se alude a la teoría de la novela del escritor peruano Mario Vargas Llosa (Arequipa, 1936), según la cual al escribir el narrador “exorciza” cuestiones que han herido su sensibilidad (que lo obseden como “demonios”), nacidas de experiencias de frustración y desencanto en el mundo real. Como las frustraciones de Iwasaki son amorosas, causadas por amadas idealizadas, no se trata de “demonios”, sino de “ángeles” (eso remite a cómo los poetas toscanos del siglo XIV llamaban a la amada *donna angelicata*, ‘señora angelical’, en tanto un ángel es un mensajero del Cielo).



*El amor faz sutil al omne que es rudo,
fázele hablar fermoso al que antes es mudo;
al omne que es covarde fázelo muy atrevudo,
al perezoso faze ser presto e agudo.*

LIBRO DE BUEN AMOR, 156

Playa Hondable debió ser una antigua zona de ejercicios de desembarco antes que el ejército peruano la transformara en un balneario de oficiales, pues aquel soñoliento lugar de veraneo estaba rodeado por ásperos campos de maniobras, grises polígonos de tiro, huecas trincheras abandonadas, discretas unidades de la división de operaciones anfibias y ruidosas bases aéreas desde donde los avioneros tiroteaban a los desprevenidos lobos marinos. Cualquiera que hubiera intentado tomar ese árido trozo de costa habría sido aniquilado desde la herradura que formaban los acantilados, y quizá por eso mismo dejó de ser escenario de los juegos de guerra criollos: ningún enemigo sería tan suicida como para intentar desembarcar en semejante

ratonera. Sin embargo, yo elegí ese inaccesible paraje para librar mis primeras escaramuzas amorosas.

A principios de los setenta, mi padre comenzó a alquilar cada verano un pequeño *bungalow* en el que —para desesperación de mamá— toda la tribu se hacina en dos sofocantes cuartitos. El entorno castrense de Playa Hondable le imprimía un régimen cuartelario a esas vacaciones, ya que los servicios de restaurante y cafetería tenían horarios draconianos y las luces de las instalaciones sociales y recreativas —donde estaba el único televisor— se apagaban a la hora de la Cenicenta⁸. En ese momento los disciplinados veraneantes subíamos a paso ligero las empinadas e interminables rampas que conducían a los chalecitos, condenados a repetir al día siguiente la monótona rutina cotidiana.

Mientras las chicas me fueron indiferentes sobrellé muy bien aquellas marciales vacaciones, pero con nueve años cumplidos⁹ comencé a sentir por ellas una extraña fascinación que me hizo odiar los cortes de luz, la vigilancia nocturna y la perentoria obligación de comer en familia. Su proximidad me producía una sensación inexplicable, entre congoja y curiosidad, semejante al hormiguelo que experimentaba cuando veía a Ginger en *La isla de Gilligan*, a la 99 del *Súper Agente 86* o a esas felinas marcianas que intentaban seducir al Capitán Kirk¹⁰. Algunas de las chicas que acudían a la sala de *ping-pong* se sentaban a cenar en grupo y yo rezaba para que me reconocieran y me invitaran a comer

⁸ A las doce de la noche.

⁹ A los 9 años, Dante, según su *Vida Nueva*, contempló por primera vez a Beatriz y se enamoró de ella.

¹⁰ Personajes de series de televisión.

con ellas (“¿Tú eres el que jugó esta mañana? Ven con nosotras”), mas nunca se produjo el milagro. Entonces decidí llamar su atención.

Primero mejoré el saque, de modo que los contrincantes quedaran a merced de mis lanzamientos. Luego aprendí a matar a la japonesa, con un golpe de revés invertido; a utilizar la defensa china, neutralizando los mates con golpes de efecto y, por último, a contraatacar a la tailandesa, devolviendo con un resto fulminante los mates enemigos. Estaba seguro de que la violencia y la rapidez, unidas a la concentración y a una onomatopéyica ofensiva asiática plena de reflejos, hechizarían a esas niñas curiosas a quienes me moría por conocer. Así, después de humillar a un rival, por fin una de ellas tomó la raqueta y me preguntó muy coqueta: “¿Jugamos?”. Hice una falsa mueca de fastidio y peloteamos unos minutos entre sus chillidos de disfuerzo y mis brincos bruceleenianos¹¹, mas fui una bestia temeraria y no soporté la tentación de meterle un bazucazo coreano que se le incrustó en un ojo. Aquel verano ninguna chica me hizo caso, pero al menos ya sabían que existía (“¡Aaaj! Ahí viene *Eddie Monster*¹²”, y se iban corriendo).

Al año siguiente me enamoré hasta los tuétanos de una niña llamada Marisol, pero a su lado me sentía torpe, aburrido y patoso. Además, a Marisol la cortejaban otros chicos mayores que yo y que por lo mismo le atraían más. Creo que nunca le dirigí una palabra, limitándome tan solo a observarla y a preguntarme qué

¹¹ Bruce Lee es el luchador de karate más popular del cine.

¹² De la serie de televisión “Los Monster”.

vería en esos tipos que eran más fuertes, más altos, más seguros de sí mismos y que, además, fumaban, jugaban vóley, estacionaban los coches de sus padres e incluso bebían algún *Cuba Libre* a escondidas. Lo averigüé la última noche, durante la fiesta de despedida de la temporada. Marisol bailaba con todo el mundo y yo me sentía tan pasmarote que ni siquiera pude sostenerle una mirada suplicante. En eso empezaron a oírse las primeras canciones de *Bread* y asumí que más valía morir en el intento, así que me armé de valor y la saqué a bailar. Recuerdo que resopló con desgano y enfilamos hacia la pista, pero no llevábamos ni dos minutos bailando cuando las carcajadas retumbaron en el salón. Como solo había visto bailar a los personajes de los dibujos, tenía mi mano izquierda en su hombro y la derecha extendida cogiéndole la mano, mientras movía la cadera como si meneara el famoso *guatusi* de Pedro Picapiedra. Marisol se fue a su silla y yo a mi cama. Ese verano también se habló de mí.

Nunca como entonces me preparé tanto para unas vacaciones: aprendí a bailar y a tragarme el humo de los cigarros, practiqué vóley y paleta playera y, finalmente, conseguí que mi padre me dejara encender el viejo Ford Falcon. Pero el verano se acercaba y un día mamá encontró un pretexto irrefutable para no ir a Playa Hondable: los zancudos y mosquitos picotearían golosos a mi hermano recién nacido. Si mamá no iba tampoco irían mis hermanas y todos mis sueños se habrían ido al traste; mas papá decidió que Gonzalo, Miguel y yo ocupáramos el *bungalow* durante el verano para que el resto de la familia pudiera disfrutarlo los fines de semana. Mejor no podía haber resultado.

Desde los primeros días de enero fuimos los reyes de la estación, ya que podíamos hacer lo que nos diera la gana sin padecer la represión familiar como los demás chicos. Nuestro *bungalow* fue “territorio liberado” durante la alta noche, y en una de esas fiestas adolescentes conocí a Carmen. Era morena, delgada, con unos labios a punto de estallar y hermosas cejas como pétalos negros, que coronaban unos ojos que me recordaban a las diosas de *La Ilíada*¹³. Pero Carmen tenía trece años y yo ni siquiera había cumplido los doce, de modo que tuve que resignarme a soñar que la salvaba de ahogarse en la piscina y que después le cantaba canciones de Nino Bravo¹⁴.

Nuestra pandilla era de lo más despareja, porque nos unían el aburrimiento y esas contradictorias pasiones de los años pavícolas que afligen mucho pero entretienen una barbaridad. Así, a Mario —el hermano mayor de Carmen— le gustaba Roxana —que tendría unos dieciocho años y era hija de un general—, mas ella no le hacía caso porque eran de la misma edad. A su vez, Mario no se daba cuenta de que Rosario —la hermana menor de Roxana— se moría por sus huesos, quizá porque sus escasos quince años le resultaban insignificantes. Por contra, Nicolás y Gonzalo —ambos de catorce— solo vivían pendientes de torcer la desabrida indiferencia que les profesaba Rosario, cuyos olímpicos desaires solo eran comparables a los inútiles esfuerzos de —¡ay!— Carmen por atraerles con los sencillos encantos de sus trece años. Desde la ridícula insignificancia de mis once, me contentaba fantaseando

¹³ *La Ilíada*: una de las dos epopeyas homéricas.

¹⁴ Baladista español muy popular.

tarzanescas y melodiosas aventuras junto a la perezosa piscina de Playa Hondable.

Así transcurrió la primera semana de aquel verano, sin que nadie hiciera progresos notables en sus respectivas empresas sentimentales, hasta que Mario dio con la tecla que activó alguna fibra sensible de Roxana y de paso las precoces glándulas de todo el grupo: las historias de terror. Contarlas requería de una nocturna liturgia que oficiábamos al atardecer y que alcanzaba su clímax en la medianoche, cuando la luz de las velas operaba el hechizo de abolir la oscuridad que nos imponía el corte del fluido eléctrico. Entonces nos sentábamos en círculo y compartíamos tétricos relatos poblados de espíritus, cadenas, embrujos y pactos de ultratumba, que culminaban al amanecer entre achuchones y temblores que nos obligaban a acompañar a las chicas a sus *bungalows*, y después a regresar corriendo para no toparnos con el soldado sin cabeza.

Pronto advertí que Carmen tenía una indescifrable debilidad por aquellas fábulas macabras, y procuré sentarme a su lado para sacarle todo el provecho posible a sus explosivos terrores infantiles, que a veces me sorprendían en forma de pellizcos y otras como indefensa mano que pavorida encontraba refugio en la mía. Fui feliz mientras duraron los relatos más novedosos y espeluznantes, pero cuando las historias empezaron a repetirse Carmen dejó de tener miedo y ya no permitía que le abrigara sus dedos temblorosos como cachorros. Recuerdo que habíamos contado la diabólica leyenda de la Casa Matusita, el terrible cuento de la monja del Hospital Loayza y varias versiones de la vieja historia de “la chica que hacía *auto-stop* y que se llevó la casaca del

chico que la recogió y que después descubrió que la chica había muerto y encontró su casaca sobre la tumba de la chica”, y por eso resolví que era el momento de remozar el género y reemprender la conquista de ese pulpo tierno y cariñoso que era para mí la mano de Carmen.

Primero urdí sepulcrales patrañas ambientadas en cuarteles de provincias, salpicándolas de testimonios apócrifos y comprometiendo a alguno de los soldados que patrullaban por los alrededores. Luego probé fortuna con los episodios de ahogados que volvían del Más Allá para recoger sus pasos, y hasta inventé un fantasma que chocarreaba resentido entre los chalecos de Playa Hondable, contribuyendo así a electrizar todavía más la atmósfera de nuestro cenáculo esotérico. Pero fueron las terroríficas historias de la casa de mi abuela —un decrepito caserón de Lince que mi enamorada imaginación convirtió en una grieta del infierno— las que mayores satisfacciones me proporcionaron.

Ante el estupor de mi crédulo auditorio, la casa de mi abuela olía siempre a azufre, los fantasmas de mis tías revoloteaban de un lado a otro y una perversa criada llamada Guillermina escondía en su ropero mustios muñecos picoteados por enjambres de alfileres. Carmen suspiraba imaginando que yo era capaz de dormir en ese caserón maldito, y ello me llenaba de trivial satisfacción. Todo me habría salido rodado de no haber sido por Gonzalo, quien amenazó con desenmascaramme si no inventaba alguna historia con él de protagonista. Sin embargo, el remedio fue peor que la enfermedad, pues cuando conté que el espíritu de nuestra bisabuela le seguía a cualquier parte, Rosario huyó de Gonzalo como la peste. Entonces Mario sugirió un nuevo y aterrador esparcimiento: la ouija.